

puestas en Fedra, la nieta del Maestro, a quien imaginaba inocente y, pese al nefasto influjo del abuelo, decididamente casta. Tal fue mi insistencia, que al final logré arrancar a Pérez Vellido algún que otro comentario atmosférico, casi siempre un *buenos días* que denotaba esa cortesía caritativa que se practica con quienes son culpables de algún pecado notorio. Un día que el atrevimiento me revistió de coraje le solté:

—A propósito, Maestro. He de confesarle que soy un seguidor impenitente de su obra. He leído el *Manifiesto contra la opresión nacionalista* una docena de veces, y no exagero.

—¿Y bien? —Pérez Vellido mantenía aun sus prevenciones.

—Estoy de acuerdo con usted, Maestro. Construir está al alcance de cualquier mentecato. Hay que destruir. Destruir con eficacia los soportes del Estado, cada cual según sus posibilidades. Ahí está el misterio.

Debió sorprenderle el candor con que exponía su doctrina, o quizás la violencia propia del neófito, el caso es que sus facciones se dulcificaron de repente, como tocadas por una varita mágica. Pérez Vellido vio en mí un terreno apto para la siembra, suficientemente abonado de lecturas e intransigencia. Poco a poco, me fue introduciendo en el círculo de sus allegados, que al principio me consideraban un intruso, pero que, a medida que la intimidad crecía, me fueron aceptando con una apatía nacida de la resignación. Observé que, entre los familiares pertenecientes al sexo femenino, existía una corriente mimética de sumisión, una especie de concubinato moral puesto de rodillas ante el Maestro. Eran casi todas, salvo alguna anciana impracticable, mujeres algo machorras que formaban un cortejo de bacantes al servicio de Pérez Vellido. Fedra, la más joven del grupo, aún permanecía indemne al influjo del gineceo. Había que preservarla a costa de lo que fuera.

—¿Y usted cree, Maestro, que es conveniente adoctrinar a su nieta ya desde la infancia? ¿No sería mejor dejarla que creciese y permitirle elegir libremente entre las diversas formas de vida?

Pérez Vellido veía jugar a Fedra en el jardín, rodeada de chicos zarrapastrosos que él mismo se había encargado de recolectar en los suburbios, chicos alentados por una lascivia común, hostigadores de una virginidad que me pertenecía.

—Te equivocas, muchacho. Fedra debe crecer sin las trabas que imponen el Estado y el Orden —No sé cómo se las arreglaba para introducir tantas mayúsculas en su conversación—. ¿Dejarla elegir? La verdadera elección es algo que la Sociedad niega. Sólo la Naturaleza nos marca el verdadero camino. Fíjate, fíjate en ella. ¿Acaso crees que está esclavizada por alguna doctrina?

Fedra se revolcaba en el césped con el harén inverso de los chicos, que la besaban con labios demasiado sucios y la mojaban con una saliva

demasiado blanca. Entreví, por debajo de su falda, una piel casi vegetal, apenas iniciada en el temblor, un retazo de braga mínima custodiando su pubis de virgen gótica. Pérez Vellido contemplaba a su nieta con esa gratitud babosa con que algunos contemplan las obras de arte ajenas, paralizados por la impotencia o la certeza de su mediocridad. Había que salvar a Fedra, pero cómo.

—¿No te parece un espectáculo gozoso ver a una chiquilla adiestrándose en el juego erótico, ajena a los impedimentos del pecado?

El espectáculo, que considerado de manera abstracta, podría resultar, efectivamente, gozoso, referido en particular a Fedra me enojaba hasta extremos que Pérez Vellido ni siquiera hubiese sospechado. Ya comenzaba yo a comprender que las verdades nacidas del pensamiento ofrecen, por lo común, un reflejo insufrible en el mundo real, hasta tal punto que nos hacen preferir la mentira, mucho más inofensiva. La mentira, pues, constituía mi única arma en una labor que ya iba perfilando sus alcances: supe, con esa intuición infalible que brota de la irracionalidad, que, arrebatándole a la nieta, asesinaría el espíritu del abuelo, la huella profunda que su obra había dejado en mi juventud.

Por las noches, en las disertaciones peripatéticas del Maestro, a las que hasta entonces había asistido tan sólo en calidad de oyente, participaba salpicando con mis dudas la retórica que Pérez Vellido quería imbuir a sus diatribas. Mi actitud no obedecía a una finalidad concreta (las finalidades concretas no existen), sino que más bien consistía en un método puramente destructivo, una labor de zapa desempeñada sin urgencias.

—El lenguaje es el único refugio que le resta al pueblo frente al Estado, ese administrador de muerte —pontificaba Pérez Vellido—. El lenguaje es el vínculo común que nos reconcilia con una sustancia anterior al Estado. Cuando dejamos que el lenguaje hable, ya no hablamos nosotros en cuanto individuos; al expresarnos a través del lenguaje, es el pueblo quien toma la palabra.

—Entonces, Maestro —me oponía yo—, ¿hemos de afirmar que la literatura, puesto que es una plasmación del lenguaje, no resulta válida como manifestación individual?

—Por supuesto que no. La literatura sólo es válida como segregación del pueblo, como lenguaje que habla en nombre del pueblo y expresa sus preocupaciones. La verdadera literatura la hallamos en la *Iliada*, en el romancero, en los cantares de gesta...

—¿Y cómo calificaríamos —lo interrumpía de nuevo— la literatura que brota de una obsesión personal? ¿Qué diremos de Petrarca, de Henry James, de Marcel Proust?

—Chismes. Esa gente sólo escribió chismes. Al escribir, se miraban el ombligo. Por eso nos aburren: porque no conectan con la sustancia común del pueblo.

Después de la discusión se abría una pausa tensa, delictiva, parecida al silencio que queda en el patíbulo después de una ejecución. Augusto Pérez Vellido, inmóvil en un recodo del jardín, cobraba un aspecto musgoso, como de pez sacado del agua que respira entre estertores y ahueca las agallas. Finalmente, el Maestro se reponía de la rabieta y reanudaba su discurso. Yo, entonces, abochornado por las miradas recriminatorias de sus allegados, abandonaba el jardín y salía a dar un paseo hasta la catedral. El aire afilado de la noche me refrescaba la piel, la corriente bulliciosa de la sangre, hasta traspasarme el alma (que, definitivamente, era algo muy distinto del cuerpo). El cimborrio de la catedral, escamoso como un reptil, dormitaba en medio de la niebla. Me adentré en la soledad de aquel edificio; mis pasos discurrían amortiguados por la humedad y los siglos. En el altar mayor aún flotaba una nube de incienso, vestigio de alguna celebración vespertina. Había una claridad yerta, una luz cenicienta borrando los contornos de la piedra.

—Aquí es donde se casa la gente, ¿verdad?

Me volví sobresaltado. De una nave lateral surgió la figura delgada de Fedra, el milagro gótico de sus facciones. Se acercó a mí y me rozó con el contacto leve de sus senos, dos bultos casi inexistentes por debajo del vestido. Parecía una novia prematura, una Ofelia embellecida por las flores de la muerte. Hablaba en un susurro:

—Dime, ¿es aquí donde se casa la gente, verdad? ¿Tú has visto alguna vez una boda?

Intenté recordar pasajes de mi infancia, la liturgia lenta y previsible de las misas, el misterio doméstico de los sacramentos, esa fascinación primitiva que el rito ejerce sobre los niños. Procuré que las promesas del matrimonio, la ceremonia de las arras, el lirismo menesteroso de las exhortaciones sacerdotales cobrase, a oídos de Fedra, un misticismo sublime y como inaccesible. La luz roja del sagrario ponía en sus mejillas una máscara de rubor. Le acaricé el cabello antiguo, tan antiguo que parecía de madera estofada. Yo también hablaba en un susurro:

—La novia va vestida de blanco, como símbolo de pureza.

Fedra me escuchaba sin pestañear, silenciosa como una esfinge, asimilando mis enseñanzas. Me sentí, de repente, acometido por una extraña forma de perversidad:

—¿Serías capaz, Fedra, de guardar tu pureza hasta el día de tu boda? Prometo casarme contigo.

Fedra asintió con una firmeza que participaba del juramento. Al cogerla de la mano, noté entre mis dedos el rescoldo trémulo de su carne, todavía

niña, y esa sensación tibia me produjo una embriaguez de profanación. Le hablé al oído, agachándome para poder oler su melena.

—Tenemos que volver con el abuelo —dije.

Fedra me lanzó una mirada suplicante; sus ojos se revistieron con un prestigio de lágrimas a punto de saltar:

—Yo no quiero volver. El abuelo no dejará nunca que me case.

Tuve que ahogar sus sollozos con palabras poco convincentes, proponiéndole mantener en secreto nuestros planes de boda, para que su abuelo no pudiese hacerlos fracasar. De regreso a casa (todavía el rescoldo de su mano se cobijaba en la mía), se iba haciendo cada vez más nítida la voz del Maestro, ajena a la traición que acababa de fraguarse. Entré en el jardín con ese aire impune del traidor que acaba de sembrar la semilla de la discordia y que, dotado de una paciencia infinita, aguarda durante años el fruto de sus maquinaciones. Fedra intercambiaba conmigo miradas de complicidad, la noche se desplomaba a lo lejos y en mi boca quedaba el sabor agridulce de la profanación.

Juan Manuel de Prada